

es la preparación de los futuros emigrantes en la lectura, escritura y contabilidad para resultar útiles en los negocios americanos. Las ocupaciones desarrolladas durante el período colonial fueron variadas, desde los obrajes, las explotaciones agrarias, los pequeños almacenes y las panaderías, uno de los gremios más populares entre la comunidad vasconavarra durante los siglos XVIII y XIX. Este panorama varió durante el siglo XIX, las acusaciones y la persecución a la que fue sometida la comunidad española obligó a «reordenar sus vidas y negocios». La violencia generada en el México independiente se hizo insostenible para los españoles, poseedores de un «sentimiento racial de superioridad»; las venganzas de la población criolla e indígena por tantos años de opresión no se hizo esperar, produciéndose asaltos a haciendas y asesinatos, especialmente durante la Guerra de Reforma. Sin embargo resulta interesante el estudio del caso de la Casa comercial Castaños-Aguirre por intentar romper la animadversión a las empresas peninsulares, frente al privilegio otorgado por el gobierno mexicano a las inversiones extranjeras, especialmente británicas y estadounidenses.

Los capítulos segundo y sexto se centran en el viaje de ida y vuelta. Se enfatiza en los sinsabores de la travesía, uno de los ejemplos más significativos de las dificultades de la travesía, se puede observar en el periplo de los hermanos Gaminde, originarios de Bilbao, que viajaron a mediados del siglo XIX por carretera hasta París y de ahí a Londres y Liverpool, donde embarcaron en el mercante *Arequipa* con destino al puerto de Guaymas, tras seis meses de navegación. Como indica Ruiz de Gordejuela «si emprender el viaje de ida supone una prueba de coraje, el de retorno se convierte en una obsesión», algunos volvieron a sus pueblos como indios triunfadores como Juan Bautista Echeverría. El autor nos descubre a través del apartado titulado «El regreso emocional», la preocupación de muchos de esos emigrantes por favorecer

no solo a sus familiares, también a sus pueblos de origen «a través de remesas, legados y donaciones destinadas a establecer escuelas y hospitales, ayudas a iglesias y conventos, fundación de cofradías y otras obras de beneficencia».

Echo de menos un capítulo dedicado a las mujeres emigrantes, que partieron a México para trabajar en el servicio doméstico o para desposarse con paisanos; como menciona el autor, es necesario un estudio riguroso sobre estas jóvenes, excluidas del relato oficial de la historia. Animo al doctor Ruiz de Gordejuela para que el próximo libro se fije en estas mujeres silenciadas por la historiografía. En definitiva, estamos ante un magnífico libro, bien documentado y estructurado, escrito con rigor científico y de fácil lectura y con unos anexos justificados. Sin lugar a dudas, esta obra se convertirá en un referente para la historiografía sobre este tema en México y América, del que el autor es uno de los mejores especialistas. Espero que también sirva de ejemplo y revulsivo, para que se completen todos aquellos vacíos historiográficos que aún existen sobre la emigración vasca a América.

Izaskun Álvarez Cuartero  
*Universidad de Salamanca*

**ARÓSTEGUI, J.:** *Largo Caballero. El tesón y la quimera*. Madrid: Debate, 2013. 968 pp.

Entre la divulgación histórica y el estudio en profundidad se encuentran las incursiones de Julio Aróstegui en el género biográfico, con una entrega crítica sobre don Juan de Borbón y especialmente una intensa y perseverante atención sobre un personaje central en el movimiento obrero y la España de los 30 como es Francisco Largo Caballero. La figura del Presidente de la UGT la había abordado Aróstegui en

varias obras desde 1987<sup>1</sup> y a principios de 2013 vio la luz el resultado de un intenso trabajo en los últimos años.

La obra publicada poco antes de su fallecimiento constituye su último gran legado historiográfico en forma de libro<sup>2</sup>. Mil páginas como resultado de treinta años de esfuerzo y de continuo replanteamiento de problemas y búsqueda de fuentes documentales. No es, o no es sólo, una biografía. Es toda una historia de España de

la primera mitad del siglo xx. No se trata ahora de episodios aislados del personaje. Aróstegui ha tratado de comprenderlo en su conjunto, en la historia de España. Y no se trataba de explicar al personaje en sí mismo, sino en el marco de las condiciones históricas en las que Largo toma sus decisiones. En su tiempo histórico preciso, teniendo en cuenta que ningún personaje es inmutable, sino complejo como la vida misma.

El título finalmente adoptado responde a que entiende el autor que las dos columnas vertebrales para el estudio de las actitudes de Largo Caballero fueron el tesón y la quimera, términos en los que estaba convencido de haber encontrado la definición precisa<sup>3</sup>. Esta exhaustiva obra tiene su origen en el interés que Aróstegui mostró a lo largo de muchos años por el análisis de la crisis de la Europa de Entreguerras que en España se sustanció finalmente de una forma anómala, en una guerra civil que deriva en una larga dictadura. También de la importancia que atribuye en ese periodo al socialismo español y lo que Largo representa en el mismo. Y de forma directa responde a que entendía que, a pesar de la significación de Caballero, la Historia no había sido nunca complaciente con él, y lo que era más importante, no había sido nunca justa.

Lo significativo es que en esta obra vuelca una buena parte del resultado de su larga investigación histórica sobre temáticas aparentemente diversas pero muy entrelazadas: desde su atención a la comisión de Reformas Sociales (a la que se vincula Largo), los numerosos estudios sobre la crisis española del periodo de entreguerras y muy especialmente durante los años treinta, hasta los proyectos del exilio y su relación son el legitimismo monárquico, como se refleja en su biografía (tampoco complaciente precisamente) de D. Juan de

1. Antes de la obra que comentamos publicó «Largo Caballero, Ministro de Trabajo», en GARCÍA DELGADO, J. L. y TUÑÓN DE LARA, M. (coords.): *La Segunda República española. El primer bienio*. Madrid: Siglo XXI, 1987, pp. 59-75; «Francisco Largo Caballero y su proyecto político», en SERRANO, C. y SALAÜN, S. (eds.): *Autour de la guerre d'Espagne, 1936-1939*. París: Publications de la Sorbonne Nouvelle, 1989, pp. 15-46; *Francisco Largo Caballero en el exilio: la última etapa de un líder obrero*. Madrid: Fundación Largo Caballero, 1990; «Largo Caballero: trayectoria sindicalista», en TUÑÓN DE LARA, M. (coord.): *La guerra civil española. Barcelona*. Folio, 1996, vol, pp. 90-100 (ed. Original en Madrid: Historia 16, 1986.); «Largo Caballero, republicano», en CASAS SÁNCHEZ, J. L. y DURÁN ALCALÁ, F. (coord.): *Historia y Biografía en el siglo XX*. Priego (Córdoba): Patronato Niceto Alcalá Zamora y Torres, 2003, pp. 11-34; «Largo Caballero y la construcción del sistema de Relaciones Laborales, 1931-1933», en VV. AA.: *V Jornadas Confederales sobre Mediación y Arbitraje*. Madrid: UGT, 2005, pp. 65-86; «Largo Caballero y la herencia de Pablo Iglesias», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. Extraordinario, 2007, pp. 25-34; «Indalecio Prieto y Largo Caballero: divergencias y convergencias en el socialismo español (1923-1946)», en MATEOS, A. (ed.): *Indalecio Prieto y la política española*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias, 2008, pp. 123-162; «Largo Caballero, preso de los nazis», *La aventura de la Historia*, n.º 126, 2009, pp. 27-30; «Francisco Largo Caballero», en VIÑAS, A. (ed.): *En el combate por la historia*. Barcelona: Pasado y Presente, 2011.

2. Aunque se acaba de publicar una adaptación de su obra Los combatientes carlistas en la guerra civil, que había dejado acabada a falta de pequeños retoques.

3. Un primer título barajado por el autor fue *Francisco Largo Caballero en la «edad de oro» del obrerismo español*.

Borbón. Como resultado tenemos la presente obra, no definitiva pero sí exhaustiva, esclarecedora e imprescindible para entender la España de la primera mitad del xx.

Además de una espléndida y ajustada biografía política de Largo Caballero es una contribución notable a la historia social de España y un estudio profundo del socialismo español y sus corrientes en los años veinte y treinta. No es una biografía complaciente, baste como prueba una cita. Valorando su actuación en una década decisiva de la contemporaneidad española escribe Aróstegui textualmente: «Las quimeras de los años treinta del más significado de los dirigentes obreros españoles fueron pagadas por él con creces en todos los sentidos. Con una inapelable derrota, en definitiva. Sin embargo, uno de los más sobresalientes rasgos de su psicología, y de los más negativos, lo constituye el hecho de que nunca jamás reconociese la más mínima culpabilidad personal en los descalabros sufridos y las consecuencias graves que de ellos se dedujeron... Para él, la responsabilidad de toda la tragedia la tuvieron sistemáticamente sus diversos géneros de enemigos; los errores, culpas, deslealtades, inconsecuencias y calumnias... de los demás. Los traidores, desleales y maniobrerros. Nunca reconocería Largo Caballero haberse equivocado en nada».

Aporta Aróstegui una visión global de la larga trayectoria de más de 50 años de alguien especialmente representativo de su clase, del partido y del sindicalismo socialista. Entiende que Caballero representó las grandezas y las miserias de la época de oro del moviendo obrero organizado que comenzó su historia en el xix. Y trata de hacerlo analizando la actuación de Caballero desde su tiempo histórico. Su trayectoria —que hay que ver en su conjunto y no en etapas y acontecimientos aislados—, muestra una amalgama de certeras intuiciones y errores en su realización. Era un hombre de acción, un pragmático absoluto, poliédrico y a veces contradictorio,

pero siempre mantuvo el mismo objetivo dirigiendo su actuación sindical y política: la transformación de la realidad a favor de la clase obrera. Fue el líder de masas que mejor conectó con los sueños obreros, aunque estos en ocasiones fueran más bien quimeras. En general fue un sindicalista pragmático que a veces creyó en la revolución sin matizaciones y a veces en el reformismo, pero respondiendo siempre a su intuición de clase. Su imagen de radical respondería a la radicalidad en su momento de sus bases y seguidores. Como apunta Aróstegui, seguramente Largo pretendió atraer y mantener a unas bases cuya situación y decepción las podían llevar por la deriva de una mayor radicalidad vinculadas al anarquismo. Además, su radicalidad, especialmente desde 1933, no es algo exclusivamente suyo dentro del partido, donde sus posiciones eran mayoritarias. Por otro lado, como se dijo desde fuera con ocasión de su muerte, de hecho siempre fue un reformista. Lo del Lenin español nunca le gustó, y lo achacó a sus enemigos. Considera Aróstegui que más bien fue un revolucionario pragmático. Defendió la conquista del poder por el proletariado para cambiar la sociedad, creyendo firmemente en la clase obrera como fundamental para esa transformación.

Caballero no llega al obrerismo organizado o al socialismo por formación intelectual, sino por experiencia personal. Tiene un cerrado sentido de la misión obrera y una gran constancia. Es un hombre que adquiere la experiencia de pertenencia a una clase, la obrera, al acercarse a las primeras organizaciones sindicales en Madrid bajo la influencia directa de Pablo Iglesias (y a esa herencia, piensa Aróstegui, no se le ha prestado la atención debida): pablismo que entiende la lucha de clases como clave de la actuación obrera. Y de esa herencia se derivan unas constantes en la amplia trayectoria de Largo. De ella hereda la concepción cerrada de clase; la prioridad de la organización, entendiéndolo la concepción de clase en cuanto clase

organizada. Hereda también la persistencia del binomio revolución/reformismo, sin percibir grandes contradicciones entre ambas tácticas. Es pues Caballero —defiende Aróstegui— quien sigue y recoge la herencia del pablisto, más que Besteiro, como se ha dicho.

Junto a esa herencia, otros rasgos definen el pensamiento y la actuación de Caballero: la permanente concepción de la acción obrera ligada al espíritu societario, y la presencia, y el peso y las consecuencias de un rasgo esencial en su trayectoria, lo que Arostegui llama «intuición de clase», que «fue una forma especial de entender y vivir la pertenencia de clase y las ineludibles consecuencias que de ello se derivan», pues condiciona sus decisiones que entiende siempre van en línea de los intereses inmediatos de su clase, lo que le lleva a cambios y rectificaciones. Así lo expone él mismo: «la táctica está sujeta a lo que las circunstancias aconsejan». Esa intuición le equivocó en ocasiones y la reflexión no le rectificó el error. Así cayó en auténticas quimeras, que supusieron decisivas derrotas». Hay un rasgo más que irá teniendo mucha importancia: la concepción de un sindicalismo político, cuya consideración puede valorarse como decisiva en los años 30, pero que aparece antes.

Caballero fue hombre de convicciones personales, pero no inamovibles. Su pragmatismo le llevó a defender distintas tácticas, siempre en función de lo que él entendía como interés del obrerismo organizado. En las distintas etapas de su larga trayectoria, durante más de tres décadas, estuvo al frente de la lucha obrera, sindical y política, no siempre pensando lo mismo ni defendiendo las mismas tácticas. Sin duda era duro de trato y terco en la defensa de sus posiciones, pero no intelectualmente inflexible. La relación con otras corrientes de la izquierda y dentro del socialismo así lo demuestra.

Defendió el intervencionismo en las instituciones relacionadas con los intereses obreros (que no entiende

contradictorio con la acción revolucionaria), lo que le llevó a colaborar con el Instituto de Reformas Sociales. Largo es un personaje importante ya en 1917, vicepresidente de la UGT. Intuye que la unión y acción conjunta del proletariado tras la gran crisis al final de la guerra mundial es imprescindible y así propone el acercamiento a la CNT, aunque rechaza sus tácticas. Entiende la huelga de 1917 como un salto, como una ruptura con el régimen, como un cambio en la estructura económica y en la política también, una oportunidad decisiva que se le presentaba al movimiento obrero, como pensaba también Besteiro.

Su defensa del intervencionismo, entrelazada con la no renuncia a la transformación social completa, se mantiene siendo ya secretario general de la UGT y en la etapa de división de la familia socialista y el nacimiento del PCE. Mantiene por tanto abierta la disyuntiva revolución/reivindicaciones inmediatas. Refleja una posición absolutamente pragmática, táctica, buscando siempre la potenciación y preservación de la «organización». Es lo que ocurre durante la Dictadura de Primo de Rivera. La posición de Caballero en esta etapa, entiende Aróstegui, se ha esquematizado, tachando simplemente de colaboración lo que será un paso más dentro de su reformismo, posición que no mantuvo él solo. Hubo desgarros internos por posiciones encontradas, pero la de colaborar que defiende Caballero es la mayoritaria hasta 1929. De la colaboración se alejó en la última etapa de la Dictadura, sumándose al comité revolucionario que propugnaba su derrocamiento. Las divergencias por la relación con la Dictadura de Primo causaron unas brechas dentro del socialismo que el papel que debían jugar en la aventura republicana las agrandó, hasta convertirlas casi en insalvables entre Prieto y Caballero desde 1935.

Demuestra Arostegui que la decisión socialista de implicarse en la aventura republicana sin esperar a un control

efectivo del poder político, como pidieron algunos, o, por el contrario, con una presencia a la que hubieran asignado claros límites, como pretendió el besteirismo, es un hecho clave en la explicación de esa historia compleja e incluso contradictoria. Ocurrió que, para dirigentes y masas socialistas, la experiencia gubernamental republicana discurrió por derroteros no suficientemente previstos y, desde luego, negativos. Los resultados no tardaron en hacerse patentes y afectaron a la historia no ya del socialismo sino de todo el país.

En la tradición pablista, Largo tuvo clara la necesidad de implicarse en la República, vista como la ocasión para pasar del intervencionismo al gubernamentalismo. Siempre fue un hombre de acción y lo demostró con creces con su hiperactividad en su etapa de Ministro de Trabajo, poniendo las bases de un verdadero derecho del Trabajo, pero entendía que el resultado era la «obra de un socialista, pero no socialista». En cualquier caso, en palabras del propio Aróstegui: «Tal vez lo más pertinente sería señalar que la obra de Caballero puso los cimientos imprescindibles para que la organización de las relaciones laborales y el papel central del Estado en ello se desarrollasen y se consolidasen en un futuro que habría de pasar aún por muchas vicisitudes, pero que no desandaría el camino» (p. 293).

La salida del Gobierno, la decepción por la política seguida, la radicalización de las masas obreras, dan paso a un radicalismo en el PSOE y en Caballero que Aróstegui analiza en profundidad. Tras el verano del 33 el temor a perder la labor legislativa del primer bienio es muy grande. Las elecciones de noviembre, denunciadas por socialistas y republicanos de izquierda, aumentaron el miedo a perder la República: así se da paso a pedir todo el poder para el socialismo, para la clase obrera en su conjunto, incidiendo en la necesidad de responder a la violencia con violencia si no había otro camino y recurrir a la revolución para defender la República.

Es cuando se forja y le forjan una imagen de revolucionario radical. Pero no fue de Caballero solo, sino del socialismo (menos Besteiro), del conjunto de la masa obrera. Radicalismo que tiene su culmen en la quimera de octubre de 1934, defendiendo una huelga-insurrección —pésimamente preparada— entendida como respuesta al peligro de ver eliminadas las conquistas de la etapa republicano-socialista. Caballero siguió a las masas radicalizadas, pero pensó que el fragmentado movimiento obrero español, dirigido por el socialismo, estuviese capacitado para conseguir «todo» el poder político por la vía insurreccional, no fue sino una lamentable quimera (como dijo Azaña), con consecuencias graves para el país y para el socialismo.

Su creencia en el potencial de la clase obrera y la deriva republicana le empujaron a entender el Frente Popular como algo circunstancial, lo que ahondará las diferencias dentro del socialismo. Hizo campaña electoral escasamente frente-populista, afirmando que la clase obrera cumpliría sus compromisos pero seguiría a sus fines que eran la revolución, revolución que precisaba la unión del proletariado y en esa línea irá Caballero. Tras las elecciones de febrero el lenguaje revolucionario seguirá presente y el guerracivilista también, pero también por muchos otros, incluyendo a personajes como Calvo Sotelo o Gil Robles. Entendió el Gobierno del FP como algo transitorio, aunque esto tuvo que rectificarlo con la guerra civil. La actuación de Caballero en esta etapa, entiende y demuestra Aróstegui, ha sido escasamente analizada en sus matices y muchas veces tergiversada. No tiene sentido hablar de relación entre la sublevación militar y las declaraciones del obrerismo sobre revolución social y toma del poder. La retórica revolucionaria del caballerismo no produjo la sublevación. La movilización civil de la primavera del 36 no tuvo conexión, ni fue parte, ni mucho menos el principal motivo de la rebelión militar.

La guerra civil tuvo el carácter de encrucijada en la resolución revolucionaria o contrarrevolucionaria de todas las tensiones acumuladas y aceleradas durante los decenios anteriores. De nuevo durante la guerra, el proyecto político de Largo fue una amalgama de certeras intuiciones y errores en su realización. Asumió la Presidencia del Gobierno cuando la llegada a Madrid de las tropas de Franco parecía casi inevitable, y formó un Gobierno con un objetivo de más amplio alcance que el interés de su clase: derrotar el fascismo. Pensó siempre en la hegemonía socialista en el Gobierno y en algunos momentos se acentuaron las tendencias hacia un liderazgo político de las organizaciones sindicales, que los comunistas rechazan, pero no apoyó los proyectos revolucionarios. Recobró parte del desintegrado poder republicano y reconstruyó el Ejército, aunque cayó víctima de otra de sus quimeras: ignorar el peso que distintas circunstancias internas y especialmente externas habían proporcionado al comunismo ortodoxo en España. Se opuso a la influencia comunista y defendió el carácter español en la dirección de la guerra, siendo consciente de los peligros de hipotecar la República por la ayuda soviética, pero no había otra. A la querrela con los comunistas se unirán otros problemas: enfrentamientos en UGT y el PS (de Prieto), actitud anarquista, etc. Calculó erróneamente sus posibilidades contando con el unánime apoyo socialista, que no tuvo, lo que Caballero entendió siempre como traición de Indalecio Prieto y subsidiariamente de Negrín. La crisis de mayo y la marginación de Largo se consumó en octubre con el denominado «pleito de la UGT», cuya gestión por parte del caballerismo es duramente criticada por Aróstegui.

El Caballero del exilio comienza fiel a su trayectoria anterior, pero el que vuelve de los campos de concentración en Alemania es más tolerante y flexible, sin abdicar de su criterio independiente que le lleva ahora a coincidir con Prieto (coincidencia que se había dado en otros momentos antes de 1935) en la defensa de una alternativa de

transición plebiscitaria para una España posfranquista. Proyecto del que no excluye a los comunistas y que se debe a su convencimiento de que era lo que exigía la nueva situación internacional y española y se recoge en su programa de 11 puntos que defendió tenazmente hasta su muerte.

Con esta obra imprescindible queda bien definida y enmarcada la trayectoria del sucesor de Pablo Iglesias y figura clave del socialismo y del sindicalismo ugetista en los años veinte y treinta. Como había escrito Aróstegui en 2011, sus aciertos y errores eran reflejo de fuertes corrientes existentes en el movimiento socialista. «La historia de Francisco Largo Caballero, en definitiva —afirmará—, está compuesta de victorias decisivas y de fracasos no menos contundentes. Fue, en todo caso, el dirigente más cercano a las masas y el más seguido al menos en veinte años de su trayectoria. Pero sobre todo su significación histórica no puede separarse de la consideración de que fue un dirigente obrero ligado estrictamente al destino de su clase»<sup>4</sup> (Aróstegui, 2011, p. 820). Fue el hombre más representativo de su clase, como lo denominó Rodolfo Llopis con ocasión de su muerte, representatividad que no dejó nunca de ser contradictoria.

Sin duda la historia del socialismo español de la primera mitad del siglo pasado es mucho mejor conocida después de esta imprescindible obra, que casualmente viene complementada por la colectiva sobre Indalecio Prieto coordinada por Jose Luis de la Granja<sup>5</sup> y editada poco después y sobre la cual publica en este mismo número una amplia y magnífica reseña Ignacio Olábarri.

Juan Andrés Blanco Rodríguez  
*Universidad de Salamanca*

4. «Francisco Largo Caballero», en A. VIÑAS (ed.): *En el combate por la Historia*, ob. cit. p. 820.

5. DE LAGRANJA SÁINZ, JOSÉ LUIS (COORD.): *Indalecio Prieto. Socialismo, democracia, autonomía*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2013.